



EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 26 de Marzo de 1921.

Número 13.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Agradecido; pero...

Son tantas las personas que este año me han deseado felicidades el día de mi tocayo, que doy las gracias en monición á todas por serme imposible escribirle á cada una.

Pero salvándole el excelente y cariñoso de su intención, advierto á las que me desean muchos años de vida (*muchos*; así como suena; no *algunos*), que yo sólo quisiera vivir mientras pudiese expresar lo que pensara con la claridad que hasta hoy. Me molesta el pensar en la posible llegada de un día en que me pusiera yo mismo en caricatura á cada instante, ya vacilando, ya contradiciéndome, ya diciendo tonterías.

¿Qué si creo que no las he dicho hasta ahora? Sería una más negarlo. No sólo las he dicho, sino que las he hecho. Y tal vez hayan sido más en número las realizadas que las expresadas. Pero, por los menos, tenía entonces conciencia de que eran tales; esta confesión lo prueba. En tanto que, si llegara el día en que las dijese ó las hiciera sin enterarme...

¿Que no dándome cuenta de ellas, sería como si no las hiciera? Para mí desde luego; mas no para los demás. Precisamente por esto quisiera tocar tabletas al medio minuto de mi total entontecimiento.

Mas ahora caigo en que estas explicaciones pudieran ser ya indicio de que ese día está cercano, y me despidió repitiendo las gracias á cuantos me han felicitado.

¡FUERA TRABAS!

Lo que los años, los desengaños, los eclipses de vista y otros eclipses no

habían logrado aún, lo han conseguido unos cuantos apodos que me han ido echando encima de algún tiempo acá: *maestro... apóstol... patriarca...*

Y lo que han logrado, ha sido esto: privarme en parte de la libertad omnimoda de que siempre usé y abusé para decir cuanto se me antojó, y en el estilo y forma que quise.

Mas ¡ay! desde que en ciertas y periódicos han dado en volcar sobre mí esos apodos, cojo la pluma, estampo una frase que me agrada, recuerdo cualquiera de ellos, y la borro mal humorado diciéndome:

«Hace cuarenta ó cincuenta años no hubiese extrañado esta frase en el periodista irónico, satírico ó humorístico; hoy disuena terriblemente en boca del *maestro*, del *apóstol*, del *patriarca* (?)...

Otro apodo, más reventante todavía, me suelen aplicar, aunque no tan á menudo: el de *ecudnime*. ¡Ecuánime á los ochenta años! Hay para reírse. Esto sin contar con que nunca he creído que esa palabra puede con justicia adjudicarse á ningún hombre en ninguna edad.

¿Manera de quitarme esta especie de traba intelectual? Sencillísima. Seguir, cual siempre lo hice, no tomando en serio ninguno de esos apodos, y diciendo cuanto se me ocurra sin preocuparme de si queda malparado alguno de ellos, ó todos á la vez.

Y hago esta advertencia, para que ningún lector extrañe el verme tratar cualquier asunto en estilo impropio en un hombre de mis años y de mis apodos.

Quedando á flote como periodista, me importa tres cominos que se hunda todo lo discutible de mi personalidad.

JOSÉ NAKENS

LA OBRA DE CRISTO

Pasan años y siglos y la Humanidad religiosa y cristiana sigue sin percatarse del fracaso de la redención cristiana y de la doctrina de Jesús.

Se suman por muchos millones los afiliados á esta doctrina, dogmas y preceptos que se inició con las predicaciones del Mesías; pero nadie se cuida de estudiar, de analizar si la obra de Cristo, si la misión redentora que trajo á la tierra se ha cumplido ó no. Se rememoran los episodios de su vida; sirven de pretexto para fiestas, comilonas y eludir el trabajo.

En la semana llamada *santa* se mueven algunas almas ingenuas, se

humedecen algunos ojos rumiando las angustias de la Virgen madre y las torturas físicas de Cristo condenado á bárbaro suplicio; pero no se pasa de ahí. No se hace pasar por el tamiz de una crítica severa é imparcial lo que dijo y enseñó y lo que se ha hecho y realizado. En el Evangelio están las bellas máximas, los severos conceptos, las sublimes concepciones de igualdad y fraternidad, la condenación del egoísmo, de la avaricia, de la vanidad, del ansia de riquezas, el puro amor del prójimo, y el anatema contra el aparato externo de una religiosidad ficticia rebuscadora del aplauso. Allí están y allí se han quedado. Ni aun la misma Iglesia, y mucho menos sus hombres y sacerdotes pueden gloriarse de haberlas puesto en práctica.

Han quedado escritas, pero no han pasado á las costumbres. Sigue el odio de razas y pueblos, aun entre cristianos; siguen despedazándose los hombres en luchas sangrientas; el pensar sigue siendo un delito, un crimen nefando si va contra las ideas del que manda ó impera y tiene la fuerza bajo su antojo.

Los escribas y fariseos siguen pidiendo á gritos la muerte de Cristo, del que les censura, del que pone en evidencia su contradicción con los principios de la justicia y señala los flacos y brechas de su ley. El calvario para el hombre que se desposa con la verdad y la justicia perdura siempre. Jamás se desmontarán de él las cruces del suplicio; siempre tendrá verdugos y tiranos dispuestos á sacrificarle; el drama del Gólgota se renueva sin cesar todos los días para todo aquel que ose pensar por cuenta propia y siguiendo los dictados de una pura conciencia. La sangre de Cristo ha resultado estéril para el fin que él se propuso. La misma doctrina sirvió para desencadenar sobre la tierra un nuevo huracán de luchas, suplicios, sangre, devastaciones y ruinas. En nombre de Cristo y de su doctrina se han perpetrado las mayores abominaciones sobre la tierra. Quiso traer la paz y sembró una discordia perpetua.

Sus adeptos, sus afiliados se han limitado á honrarlo con los labios y á desacreditarlo y repudiarle con las obras. Le festejan, le ensalzan, le enaltecen, pero su corazón está muy lejoso de él. La obra de Cristo está implicada y ha de pasar mucho tiempo antes de que se pueda decir que reina sobre la tierra.

FRAY GERUNDIO

El reclamo del crimen

Siempre que surge un crimen ó atentado que acapara la expectación pública se verifica el raro fenómeno de que el protagonista eclipsa al delito. Descubierta el autor, ya nadie se acuerda del crimen ó atentado; todas las miradas, comentarios y solicitudes las acapara el criminal, de tal manera que parece que la Humanidad entera está pendiente de estos hombres.

Se nos describen sus ropas, sus corbatas, sus chistes, sus frases oportunas y, sobre todo su cara, su aspecto que siempre resulta simpático; sus ojos negros y soñadores, su sonrisa y hasta el ser patizambos se añade como detalle complementario para crear una figura en grado sumo atractiva. Parece así como si hubiera una secreta consigna para sublimar y poetizar á los criminales, haciéndoles algo así como seres excepcionales dotados de las cualidades más sugestivas. Muchas mujeres, al leer tales cosas, sobre todo las solteronas románticas, sienten latir su corazón con violencia. Hay niñas pudibundas que abominan del hombre y caerían arrojadas en brazos de un criminal de los de altura.

Realmente esto es una aberración morbosa que indudablemente tiene su raíz en esa propensión que todos sentimos á admirar todo lo que sobrepasa el nivel ordinario y denuncia una exageración en cualquier sentido que sea.

El criminal se percata bien pronto del reclamo de su delito, de la expectación de que es objeto y, saturándose de vanidad, estudia sus gestos y actitudes, rebuena las palabras y se las echa de genial y profundo, suspirando por los fotógrafos y cifrando su dicha en llamar por unos días la atención aunque esto le cueste la cabeza.

Entre unos y otros se hace casi la apología del delito, su apoteosis y el endiosamiento del criminal, que se considera un superhombre, cuando en realidad es sólo un obcecado, un iluso ó un suggestionado por alguien más listo y más cauto que él. La verdad es que deberían adoptarse serias medidas para evitar este reclamo del crimen, que para algunos cerebros hueros puede ser hasta un impulso determinante para realizar determinados delitos.

No saquemos al criminal de la casilla que le pertenece, no lo transformemos en un héroe, en un superhombre, en un semidiós. Ni el gesto risueño, ni la cara simpática, ni la mirada dulce y soñadora justificarán jamás su delito, digan lo que quieran los románticos y las histéricas.

El Diluvio.

Barcelona.

Más interés, más interés!...

A pesar del ofrecimiento del ministro de la Gobernación de interesarse porque fueran puestos en libertad, siguen presos los periodistas Angel Samblancat, E. Torralba Beci y Quemadas, detenidos á raíz del atentado contra el señor Dato. En la cárcel Modelo son tratados como quincenarios, entre presos comunes, sin habérseles recibido declaración ni visto todavía á ningún juez.

Los diputados que son periodistas deberían ya haber agotado todos los recursos que el cargo les permite uti-

lizar en favor de esos compañeros, así como la Asociación de la Prensa y el Sindicato de la misma.

En estos asuntos no se ha hecho nada mientras queda algo por hacer.

Carta interesante

Sr. D. José Nakens

Mi distinguido y estimado amigo:

En primer término mi saludo más afectuoso.

El motivo de que hoy le dirija á usted la presente, es por el deseo de ver comentado en algún periódico lo que se ha descubierto acerca de los antecedentes del tristemente célebre Pedro Mateu, asesino de don Eduardo Dato.

Pocos días antes de cometerse el atentado, nuestro arzobispo de Tarragona, recién elevado á la dignidad de cardenal, publicaba una exhortación pastoral en la que decía entre otras cosas lo siguiente:

«No ha muchos días nos hacía notar una personalidad respetable de Barcelona que diez ó once años atrás funcionaban allí y en otras partes las escuelas anticatólicas y antipatrióticas llamadas modernas; los niños que á ellas concurrían tendrían de nueve á doce años, y hoy muchos autores de crímenes terroristas son jóvenes de 18 á 25 años. ¡Qué coincidencia!»

¿Quién tenía que decir al arzobispo de Tarragona que, á los pocos días de publicada esa afirmación en su Pastoral, se cometería en Madrid uno de los crímenes terroristas de mayor resonancia?

Y, en ese crimen, en efecto, como en tantos otros del mismo abominable estilo, se comprueba, no la certeza, sino la falsedad de la afirmación del arzobispo de Tarragona.

En efecto, el asesino Pedro Mateu, el autor del crimen terrorista, no es ex-alumno de ninguna escuela laica: es hijo de una familia sumamente religiosa, recibió su educación en un patronato católico de Valls, asistió en Barcelona á las clases de las Escuelas Pías, y se cuentan de la influencia de esa tan pia educación, anécdotas como la que relata el diario *Tarragona* que acotado envío á usted.

Vale la pena de que la Prensa comente semejantes coincidencias. Yo me dirijo á usted por ser el único capaz de hacerlo.

Le saluda afectuosamente su antiguo amigo,

PEDRO LOPERENA

Tarragona, 16 Marzo 1921.

El párrafo anotado en el diario *Tarragona* correspondiente al 16 del actual, es el siguiente:

«Hasta tal punto estaban arraigados en el alma del hoy criminal los sentimientos cristianos, que el día de su primera Comunión—Mayo de 1907—escribió un verso significando lo feliz que era con la realización de tan fervoroso acto.

Esta poesía, gramatical y retóricamente defectuosa, indicaba una gran inspiración y predisposición en su autor, tanto que años después—Junio de 1911—fué publicada en una revista ilustrada.»

Varios periódicos clericales se han expresado en términos parecidos á los de ese arzobispo. No pensaba haberles contestado, pero he variado de opinión al enterarme de que un príncipe de la Iglesia piensa como ellos.

Y no les contestaré rebatiendo sus afirmaciones con palabras, sino recordándoles asesinatos cometidos por eclesásticos mucho antes de la creación de escuelas laicas, citándoles de propina algunas máximas incitadoras al crimen.

REMINISCENCIAS

En Calcena, pueblo de la provincia de Zaragoza, fué hace pocos días asesinada una mujer vieja y pobre, llamada Francisca Lusheras.

Corrieron voces de que era bruja y había mal de ojo, y dos individuos, Nicasio Pérez y Estaquio Lafarga, el uno porque se le morían las ovejas, y el otro porque enfermó un hijo suyo y un día amaneció con una hernia, acordaron matarla, por ser ella la causante de aquellos daños. Se pusieron en acecho, sorprendieron á la anciana en un paraje de las afueras del pueblo, y le dieron ocho cuchilladas.

Repercusiones de aquellos tiempos en que la Iglesia, no sólo admitía la existencia de las brujas, sino que la Inquisición las quemaba para comprobarla.

UNA SEMANA SANTA ORIGINAL

La subida al calvario representada "á lo vivo"

En Cuevas, pueblo muy importante de la provincia de Almería (España) celebran casi todos los años la Semana Santa con procesiones bastante notables por la multitud de imágenes y de penitentes de que se componen; pero lo que más llama la atención de las gentes del pueblo y de los visitantes, es la representación *á lo vivo* (con estas palabras designan la representación por medio de personas) de la subida de Jesús al Monte Calvario.

El Viernes Santo á las cinco ó las seis de la mañana, aparecen en la puerta de la iglesia, de donde ha de partir la procesión, un grupo de más de veinte personas, que el que no sea del pueblo no puede adivinar lo que representan, dado el aspecto de los que lo forman, que, como verá el lector, es un poco respetable.

Unos diez y seis ó diez y ocho llevan una vestimenta muy sencilla; una simple camisa que les llega hasta un poco más abajo de las rodillas, de un color indefinido, que años atrás ha querido ser rojo, azul, verde, amarillo ó anaranjado, cada una de un color diferente. Llevan las pantorrillas desnudas con mas rigurosidad que los mismos escoceses, porque van también descalzos.

En la cabeza llevan unas pelucas, que en realidad no son pelucas, porque no son de pelo, sino de lino ó de esopa con grandes lunares y en bucles, que les caen delante de la cara, en donde llevan unos arañones de barbas postizas que apenas si conservan alguna cerda después de más de treinta años de servicio.

Por último, la gente devota, no conten-

ta con presentar esta gente ataviada de este modo, para una mayor ignominia les hacen tiznarse la cara con negro de humo ó cosa por el estilo.

Esos son los judíos, ó los *enemigos*, como los llaman algunas personas, cada uno de los cuales lleva un instrumento de los que intervinieron en la prisión; éste un martillo, aquél la escalera, el otro la linterna, es otro un clavo, etc.

Otros seis ó siete individuos del grupo se presentan con un traje un poco diferente, pues llevan además de una peluca y unas barbas semejantes a las de los otros, un gorro frigio en la cabeza, y en vez de la camisa antes indicada, una chaquetilla amarilla muy ceñida al cuerpo, y unos pantaloncillos que les llegan a la rodilla, azules ó anaranjados.

Estos últimos llevan unos instrumentos de verdadera pasión, pues todos menos uno sustentan unas mazas descomenales. El que no lleva maza, es el que llaman el *Gachón*, que es judío que le echó a Jesús los cordeles al cuello y va tirando de él hasta lo alto del Monte Calvario.

A una señal convenida, estando todos preparados, sale de repente Jesús de la iglesia, con un traje adecuado y acompañado de San Pedro, que lleva un enorme espadón. Llegan los dos en medio de los *judíos*, y uno de éstos besa a Jesús, (ninguno de los que salen de apóstoles en procesiones anteriores quiere hacer el papel de Judas), y todos se arrojan a él, después de haberle pasado la linterna por delante de la cara—el *judío* que la lleva.

Pero Jesús, sin decir una palabra, porque toda la escena es muda, los bendice, y todos los *judíos* quedan como clavados en tierra inclinando su cuerpo ante él como si fueran diplomáticos. Esta escena se repite hasta tres veces; Jesús, por último, mira al cielo, y se decide con un valor sobrehumano a entregarse a aquella gente, pensando en que Jesús verdadero hubiera vacilado antes de hacer otro tanto.

San Pedro, entonces, que ha estado quieto y sin chistar, poso de un noble entusiasmo y haciendo gala de la energía que ha acumulado en su brazo, en toda la noche (que es costumbre sagrada para todos los San Pedros pasarla en vela oyendo el gallo y fortaleciendo el codo empuñándolo sin cesar para dar el golpe decisivo), da un espadazo tan fuerte en las espaldas del *Gachón*, que suenan las costillas de éste como si fueran las cuerdas de un arpa.

Si en contra de la costumbre, queda resignado el *Gachón* y no se arroja a San Pedro para representar una escena que no está en el programa, forman los *judíos* en camisas dos filas, empieza su faena el *Gachón*, los de las mazas cargan la cruz en los hombros de Jesús, y se ponen a su lado con sus armas al brazo con un aspecto triunfador.

En sitios señalados, en los cuales está la gente apiñada, a una señal, Jesús cae en tierra; los de las mazas entonces aparentan muchas veces dejárselas caer encima, y con ellas le ayudan a levantarse, en medio de los gritos lastimeros de las mujeres que presencian la caída, y de una lluvia de improperios y denuestos para los *judíos*.

Decimos que muchas veces simulan los *judíos* que dejan caer las mazas sobre el Señor, porque se ha dado caso de hacer la escena con una propiedad tal, que, enfadado Jesús, ha tenido que hacer uso de un revólver para darles a entender que si ellos estaban dispuestos a ser verdaderos

judíos, no podía él igualar en resignación al Hijo de Dios.

No quiere esto decir, que no suceda a veces que el que ha admitido el papel de Jesús, a pesar de hacer frente a los *judíos*, tenga que sufrir una paliza contundente de parte de los *judíos* que toman en serio su papel de verdugos y pagan de firme.

Hace tiempo se pensó prohibir esas representaciones sacras callejeras porque se las consideraba exponente de atraso y de ignorancia; pero hasta ahora no se ha resuelto esa supresión.

Caras y Caretas

Buenos-Aires.

EL POTAJE

En casa del marqués de Monteverde congregáronse un viernes de cuaresma para comer el clásico potaje

varios insignes padres de la Iglesia, porque el marqués tenía un cocinero que, según referencias, preparando el potaje de espinacas no tenía rival sobre la tierra;

un Brillat Savarin con gorro blanco,

digno de fama y alabanza eternas.

—¡Qué potaje!—gritaba un asobispo,

lleno de admiración. —¡Si esto es canela!

¡Dios bendiga mil veces

y en el cielo le dé sitio a su diestra

al autor de este plato prodigioso,

que no admite rival ni competencia!

Y por décima vez llenó su plato,

y lo hubiera llenado por centésima,

si el reverendo padre

no temiera faltar a la etiqueta.

Y un obispo decía:

—¡Un potaje como este no se sueña!

¡Yo no he comido nada semejante

en mis catorce lustros de existencia!

—¡Que venga el cocinero!

—exclamó un cardenal. —¡Si, sí; que venga!

repetieron a coro los mitrads

que se hallaban en torno de la mesa,

porque es preciso que nos dé la fórmula,

es decir, la receta

para hacer este plato delicioso,

que es la gloria en esencia.

Y vino el cocinero. —Oye, muchacho,

tú eres un cocinero de primera—

dijo otro cardenal, —y este potaje

que es un guiso ideal, superior, extra,

atestigua de un modo incuestionable

que eres en la cocina una eminencia.

Las espinacas saben como nunca,

los garbanzos están como manteca,

la salsa es un asombro...

—Muchas gracias, señor. —¡La salsa

[es néctar!

Pero, bien; ahora quiero que nos digas

todos los ingredientes que tú empleas

para hacer un potaje que es tan rico

y que merece la alabanza nuestra.

—No me atrevo, señor... —¿Por qué motivo?

—Temo que los señores me reprendan.

—¿Reprenderte? ¿Por qué? ¡Mu al

[contrario!

Es posible que todos te agradezcan

que les pongas al tanto del secreto

que tu potaje encierra.

Sácanos, pues, de dudas al instante;

es cuestión de conciencia.

—Señores, el potaje que he tenido

el honor de servir en esta mesa,

á más de todo lo que está visible y de lo que comunmente se le echa, lo he guisado con caldo de gallina, sustancia de jamón y de ternera.

—¡Sacrilégio! —¡Señor! —¡Cristo nos valga,

y su perdón á todos nos conceda

por el grave pecado

de promiscuar en viernes de cuaresma!

¡Ájete de aquí! ¡Vete, maldito,

á esconderte en el centro de la tierra

donde explies tus cu pas con ayunos,

actos de contricción y penitencia!

¡Vete de nuestra vista, desdichado,

que si el Supremo Ser no lo remedia,

darás pronto con tu alma en los infiernos

donde todo pecado halla su pena,

y donde has de purgar la acción infame

de darnos hoy, con intención siniestra,

este rico potaje

que lleva en sí la maldición eterna!...

Y como aquel pecado era tan grave,

resolvieron al fin sus eminencias

suspender la comida...

¡Pero todos copiaron la receta!

MANUEL SORIANO

MEDIDA PREVISORA

Al salir de misa el último domingo dos vecinos del pueblo de Barredo (Orense), disparó el uno al otro un par de tiros que lo dejaron seco.

¡Si habrá que cachar ya á la puerta de la iglesia á los que van á misa, para que la oigan tranquilos los devotos á quienes se les ocurra que un hermano en Cristo puede á la salí la entenderle el pasaporte para el Cielo?

No diría yo una palabra en contrasí se tomase tan previsora medida. Sería preferible eso, á que se creyera que el diablo tiene poder suficiente para inspirar malos pensamientos á los que asisten al santo sacrificio de la misa.

UNO DE TANTOS

Con fecha 20 del actual me dice desde la Coruña un queridísimo amigo:

«Que el día anterior se verificó en aquella población el entierro del popular médico José Rodríguez Martínez, á quien seguramente no habría yo olvidado por sus veleidades políticas.

«Que días antes de la hora de su muerte hizo retractación pública de sus pasados errores en religión, extendiéndose de ello el correspondiente documento, y exhaló el último suspiro en el seno de la Iglesia católica, de la cual tanto había abominado; es decir, murió tan *falsamente* (otra debiera ser la palabra) como había vivido.

«Y que se permitía la libertad de comunicármelo, sin reservas de ninguna clase, por si, como les interesaba á todos, me interesase á mí la noticia.»

Aunque, como he dicho varias veces, creo que la muerte me es una justificación, y menos una disculpa, suelo abstenerme de juzgar los actos de los que se van, si resultan desfavorables para su memoria. Pero hay ciertos hombres, y ese médico fué uno de ellos, que por haber exagerado tanto su anticlericalismo, merecen que se

recuerden sus inconsecuencias, para desvanecer en lo posible la mala impresión que dejan en los verdaderamente convencidos.

Nunca hice el juego a los librepensadores-trágicos, y ese Rodríguez me pareció siempre el prototipo de la clase, tan numerosa como perjudicial y ridícula, y de la que generalmente salen casi todos cantando la palinodia más pronto ó más tarde.

Supongo que los clericales habrán echado al aire sus cuatro remos para celebrar ese que se apuntará como un triunfo. Celebraré que ninguno se haya perniquebrado, y que el arrepentido esté ya disfrutando de la bienaventuranza eterna. Amén.

GOLPE MORTAL

He recibido un número de *El Adelanto* de Salamanca del día 21, en el que viene señalada una larga *Carta abierta* dirigida á los diputados señores Villalobos y Capdevila.

A las pocas líneas me enteré que se trataba de que un republicano llamado Francisco Ruipérez, se creía obligado á explicar su ingreso en el reformismo.

Declaro confundido que nunca había escuchado ese nombre, sin que por esto quiera decir que el republicanismo no haya sufrido una pérdida irreparable, juzgando al que nos deja por el estilo solemne y altisonante en que la carta está escrita. Ni el mismo Melquiades acertó á explicar tan grandilocuentemente su pase á la Monarquía.

Recuerdando á mis amigos de Peñaranda la mayor resignación para soportar golpe tan terrible, teniendo en cuenta que todas las cosas en este mundo están sujetas á mudanza, y que en todos los partidos pueden los hombres superiores laborar por la ruina de España.

A caza de cañonjas

—Ave María Purísima...

—Si un pecado concebida. ¿Cómo? ¿Usted por aquí, don Fructuoso? Conque ha dejado usted sin pastor espiritual á aquellas mansas ovejas de Villanueva?

—Sí, hijo, sí. He sabido que vaca una plaza de penitenciario en la catedral de... y vengo á ver al diputado del distrito.

—Mire usted que es republicano y por ende liberal; y como es mayor pecado ser liberal que...

—Bueno, bueno, déjate de historias. ¿Donde pongo esta maleta?

—Donde usted quiera, con tal que no se contagie de la impiedad que respiramos todos los lectores de EL MOTIN. Ya sabe usted, ese periódico tan malo, contra el que se llevó usted predicando toda la cuarentena pasada. Precisamente ahora acaba el repartidor de echar el número por debajo de la puerta. Vea usted qué frailes más rollizos trae la caricatura. ¿Qué? ¿Se incomoda usted al verlos?

—Sí, me incomoda, porque esos que pintan viven tan gordos sin trabajar ni la centésima parte que yo. No tendrían esos molletes si tuvieran que montar á caballo de día y de noche para administrar sacramentos en dos ó tres pueblos que tengo a mi cargo.

—También ellos montan.

—Cállate, malicioso, que ya se adónde vas á parar. Ahora, dime dónde me echo á descansar un rato. Después, á las doce, iremos á casa del diputado; á la una á la de la catedral X, que tiene una quinta en el pueblo y mucha influencia en el ministerio; á las dos á ver á un auditor de la Rota; á las...

—Sí, á las tres lo dejo á usted plantado y no me lleva usted más hecho un zarandillo por esas calles de Madrid. Es fuerte cosa esta de que desde el púlpito nos pongan ustedes como nuevos á los liberales. Y luego, empezando con que viene usted á pegarse de solideo (dicho sea con toda franqueza) á casa de un excomulgado, hasta concluir porque busca usted las influencias de un republicano é intenta entrar en tratos con un ministro liberal de nombre. ¿Me quiere usted decir á qué debemos atenernos? ¿A lo que predicaban ó á lo que practican?

—Te diré: una cosa es la tesis...

—Y otra la tesis, ¿verdad?

—Quiero decirte que bien puede uno ser intrasigente con el virus liberalesco, y buscarse una canonja, si puede. Muchas veces hay que sacrificar las ideas más nobilísimas al vil puchero. Si esa Raimunda no se hubiese empeñado en regalarme un chico anualmente, ¿seres tú que me hubiera rebajado á pedir favores á los mismos á quienes anatemoizaba? No, hijo, no. Yo, como todos los que aspiramos á prebendas, transigimos con los errores liberales en el grado que nos apremia la necesidad. Cura que veas que se declara francamente liberal, es porque tiene en su casa una inclusa ó un serrallo. Te lo juro á fe de sacerdote.

LOS AYUNOS

El cura de mi pueblo, con devota frecuencia

y en su lenguaje siempre campechano y rural,

exhortaba á los fieles á cumplir la abstinencia

en los sagrados días del tiempo cuaresmal.

«El ayuno—afirmaba—tiene tal transcendencia

que limpia los borrones del pecado mortal.»

Y los fieles, henchidos de fervor y obediencia,

cumplían el extraño precepto doctoral

yo también ayunaba con fe sencilla

y un Viernes de Dolores llegué á casa pura,

por charlar un momento con el santo varón.

Y encontré al muy bendito delante de una mesa

sobre la cual mis ojos miraron con sorpresa

tres botellas de vino, seis panes y un jamón.

F. R. G.

Quisicosas clericales

Jugaban al acertijo

dos curas allá en Valencia,

y el uno al otro le dijo:

—Vaya, ¿en qué se diferencia

este cepillo casero

con que las manchas te quitas,

del cepillo del dinero

de las ánimas benditas?

—¿A que no das?—Pues ya dí,

el segundo contestó;

en que éste me limpia á mí

y al otro lo limpio yo.

—

Yendo á misa el buen Vicente

una pierna se rompió

y gracias al punto dió

al señor Omnipotente.

—¿Y das gracias? su mujer

preguntó con extrañeza,

y Vicente con presteza

replicó:—Pues ¿qué he de hacer?

He tenido gran fortuna,

y estoy loco de alegría.

¡De dos piernas que tenía,
sólo se me ha roto una!

Callo del pueblo las señas
donde en la iglesia un prelado
exclamó desconsolado.

—¡Vaya una iglesia nequísima
para un lugar tan pob adol!

El cura que estaba allí,

añadió con voz sumisa:

—Es dolor, cierto que sí;

aunque, por fortuna, aquí

viere poca gente á misa.

—Confiese, hermana beata,

sus culpas.—Con fitor Deo

que tuve un torpe deseo.

—Ayune un mes, timorata.

—¡Laus tibi Christil! Es de sobra;

¡por deseo un mes de ayuno,

cundo impone el Padre Bruno

medio no más por la cbra?

Juan el Mellao y Baltasar

disputaban con calor

sobre cuál era mejor

de los curas del lugar.

Como ninguno cediera

la razón á su contrario,

fué llamado el boticario

á fin de que decidiera.

Y éste, mirando al Mellao,

dijo:—El trance no meapura;

yo fallo que el mejor cura

que existe, es el cura saó.

Un clérigo muy rechoncho

confiesa á varias beldades,

y todas ellas sus culpas

van relatando al buen padre,

si bien en formas distintas,

en la esencia al fin iguales;

y absorto y sudando el cura,

repite ya jadeante:

«Todas son las mismas perras

con diferentes collares.»

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Ramón Vall, Anglesola, 1 peseta. Felipe Escribano, Criptana, 4; Guillermo Moreno, Huelva, 9.

José Pérez Meira, 5 pesetas. Antonio Pérez, 5; José Pérez Fernández, 2; Adolfo Bano, Gonzalo, 2; Benito Astorga, 3; Manuel Vazquez, 3; Ricardo Largo, 1,50; Jesús Milo, 1; Justo García, 1; José Marcos, 2. (Todos de Monforte.)

Correspondencia Administrativa

Humanes.—Santiago Lozano. Renovada su suscripción á fin Diciembre 1921.

Anglesola.—Ramón Vall. Id. á fin Junio 1922.

Huelva.—Guillermo Moreno. Id. á fin Diciembre 1921.

Orihuela.—Ricardo García.—Id. á fin Marzo 1922.

Requena.—Luis Roda. Id. á fin Enero 1922.

Cabanes.—Fructuoso Oliver. Id. á fin Diciembre 1921.

Burriana.—Manuel Escudor. Recibido su giro de 132 pesetas, Conforme.

Monforte.—José Pérez Meira. Id. de 66,50 Conforme.

Valencia de Alcántara.—Pedro Carballo. Id. de 5. Gracias.

Eibar.—Segundo García. Id. de 6.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.